

CAPITULO II

LA MISIÓN DE CALIFORNIA DESDE 1705 HASTA 1758

SUMARIO: 1. Estado de la misión en 1705.—2. Trabajos del P. Juan de Ugarte para civilizar a los indios y sustentar a los misioneros.—3. Progreso de la fe en California y estado en que dejó esta misión el P. Salvatierra al morir en 1717.—4. Negociaciones del H. Jaime Bravo y nuevas proezas del P. Ugarte hasta 1720.—5. Adelanta la misión en los diez años siguientes. Muerte del P. Ugarte.—6. Sublevación de los pericues que martirizan a dos Padres y ponen en grave peligro a toda la cristiandad de California.—7. Restablécese el orden y continúa el trabajo apostólico de los jesuitas.—8. Estado de las misiones de California en los últimos tiempos de la antigua Compañía.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Memoriales, cartas y otros escritos de los misioneros que se conservan en el Archivo de Indias.—2. Cédulas reales y otros documentos públicos guardados en el mismo archivo.—3. Venegas, Burriel. *Noticia de la California* (1).

1. En los tomos anteriores hemos encerrado en un capítulo la relación de las misiones apostólicas que la provincia de Méjico había fundado y sostenía a costa de grandes trabajos en las regiones septentrionales. Al llegar al siglo XVIII nos vemos obligados a dividir esta materia, porque la expansión apostólica de la provincia es tan vasta y al mismo tiempo tan complicada con otros sucesos, que no es posible condensar en un solo capítulo lo que debemos escribir. Dividiremos, pues, en dos tan agradable materia y explicaremos en el primero el desarrollo de la misión de California, que parece formar cuerpo aparte entre las misiones de los antiguos Padres mejicanos.

(1) Esta obra se publicó con este título: «*Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739 por el P. Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús; y de otras Noticias y Relaciones antiguas y modernas. Añadida de algunos mapas particulares y una general de la América Septentrional, Asia Oriental y Mar del Sur intermedio, formados sobre las Memorias*

Como ya lo djimos en el tomo anterior, el año 1704, por muerte del P. Manuel Piñero, Provincial de Nueva España, abierto el pliego *in casu mortis*, se halló nombrado Provincial el P. Juan Maria Salvatierra, fundador de las misiones de California. Al instante hubo de desamparar su misión y trasladarse al centro de la provincia para gobernarla. ¿En qué estado dejaba aquella incipiente cristiandad? Si hemos de creer al P. Gaspar Rodero, en su memorial dirigido al Rey en 1738, ya en el año 1703 tenía fundadas la Compañía en California cuatro misiones, cada una de las cuales se componía de diversos pueblos. La primera llevaba el nombre de Nuestra Señora de Loreto y abrazaba en torno suyo nueve pueblos de indios. La segunda se apellida San Francisco Javier y contenía once pueblos. La tercera, llamada Nuestra Señora de los Dolores, constaba de cuatro pueblos, y la cuarta, con la advocación de San Juan de Londo, tenía en un radio de seis leguas unos pocos pueblos incipientes que llevaban el nombre de algún santo. «Dichas cuatro misiones, escribe el P. Rodero, con los veintiocho pueblos referidos conquistaron para Dios y para Vuestra Majestad los jesuitas en los cinco primeros años de su entrada sin el menor costo del erario real» (1). Dudamos un poco de que llegasen a veintiocho los pueblos establecidos ya en 1703, aunque sus nombres constan en el citado memorial.

Más ajustado nos parece lo que escribe el mismo P. Salvatierra en memorial que dirigió con fecha 25 de Mayo de 1705 al Virrey de Méjico. Véase la relación que da de lo hecho hasta entonces en aquella trabajosa misión: «El estado hoy día de la California, dice Salvatierra, consiste en ser hoy día el Rey Nuestro

más recientes y exactas que se publican juntamente.» Madrid, 1757. Esta obra, tal como ahora se ve, fué redactada por el P. Andrés Marcos Burriel, quien completó las noticias de Venegas, añadió documentos curiosos y sobre todo algunos mapas muy oportunos para la inteligencia del texto. No quiso poner su nombre en la portada por lo que él dice al P. Pedro Ignacio Altamirano. «Mi nombre de ninguna manera debe sonar, y con esta condición va [el libro] a V. R. Es razón que lo luzca sólo el P. Venegas, pues lo principal del trabajo es suyo; no juzguen acá y en Méjico que nos vestimos con sus plumas.» Vide Uriarte, *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia española*, t. I, p. 466. Pues así lo quiso el P. Burriel, citaremos esta obra con el nombre del P. Venegas.

(1) Archivo de Indias, 67-3-29.

Señor poseedor de cincuenta leguas de playa, desde la bahía de la Concepción hasta el Agua Verde, y otras cincuenta leguas de la tierra adentro o riñón de la sierra entre los dos mares, y en estas cien leguas de circuito toda la tierra de paz, que toda la andan los Padres solos sin escolta de soldados, obedientes los naturales de toda esta circunferencia a la voz de los Padres y órdenes del cabo militar, prontos a tomar las armas a nuestro favor con mil doscientos cristianos y otros más catecúmenos y gentiles. Hay, demás de la tierra reducida o conquistada, otras descubiertas solamente, como son tres caminos para la contracosta del Poniente hasta llegar a las mismas playas por donde viene la nao de Filipinas. Aunque se huyeron y retiraron los indios de la costa del Poniente en estas entradas por miedo natural a los soldados, pero ya hoy se van amansando y ellos mismos llegan a visitar al P. Juan de Ugarte que vive en el riñón de la sierra entre mar y mar. Es ya la California refugio de españoles derrotados [extraviados] de tempestades en el mar del Sur, de modo que dos años ha se abrigaron setenta personas, perdidas ya sus embarcaciones, que todas hubieran perecido, y ya empieza a haber buenos asomos de minas en el descubierto y obediente país» (1).

Aquí tiene el lector el resultado de lo que se había conseguido hasta entonces en California. Eran 1.200 los ya bautizados y existía un número mayor de catecúmenos (que el P. Alegre hace subir a 3.000), sin contar otros gentiles que ya se habían descubierto y estaban amistados con los misioneros. No estará demás presentar al lector la cuenta de los gastos que se habían hecho hasta entonces en aquella penosísima empresa. «Se han gastado, dice Salvatierra, en esta empresa hasta 225.000 pesos sin la fundación de seis misiones que montan de principal 58.000 pesos. De las Cajas Reales sólo he recibido a la hora de ésta en todos estos años 18.000 pesos. El resto se ha sacado con grandes trabajos y sudores de los Padres de la Compañía, lo cual redunda en servicio de Su Majestad y ahorro de su Real Caja.»

En atención a estos servicios hechos al Rey, pide el P. Salvatierra que se continúe un favor que ya se les había hecho y que hoy parecería muy extraño, pero en aquellas circunstancias

(1) Archivo de Indias, 67-3-28. Este memorial fué impreso en la obra *Noticias de la California*, t. II, p. 154.

se creía indispensable. Tal era la facultad de que el Superior de la Misión pudiera remover el cabo de los soldados españoles. Oigamos de nuevo al mismo P. Salvatierra en el citado memorial. «Propongo a Vuestra Excelencia, dice al Virrey, las dificultades grandes y peligros casi ciertos de perderse la tierra, si se quita en estos principios la potestad a los Padres o al P. Superior de poner o remover al que fuere cabo de esa pequeña escuadra de soldados, pues he tocado con las manos que, a no haber tenido yo esa potestad en el espacio de estos ocho años, no se hubiera dado paso alguno dentro de la California y hubiéramos estado gastando más y más en la primera playa donde saltamos, y por miedo no más de ser removidos los cabos, han ido haciendo entradas y descubrimientos por la persuasión eficaz de los Padres, fortalecida con la autoridad.»

Alcanzó, efectivamente, el P. Salvatierra lo que deseaba, con lo cual los misioneros tuvieron más subordinados y sujetos a los soldados, pues de la mano del Padre recibían ellos la paga, y el mismo cabo que los mandaba debía obedecer en cierto modo al Superior de nuestra misión. De este modo se procedió durante unos treinta años. Véase las noticias que nos da sobre aquel gobierno patriarcal el Duque de Alburquerque, Virrey que fué hasta 1710. Preguntado en Madrid, el año 1712, cómo procedía la misión y conquista de California, responde el Duque que, propiamente hablando, no hubo conquista en aquel país, sino que la tierra se fué poco a poco reduciendo por la acción suave de los Padres jesuitas. Pasando después a explicar el gobierno de aquella colonia, dice estas palabras: «En orden a la forma en que se gobierna aquella provincia, debo decir que todo el gobierno político que da aquello de sí, como el militar, corre por los Padres misioneros, a quienes se entrega el estipendio que tienen consignado, y ellos lo distribuyen en su manutención y pagamento de los soldados, que se hace por su mano y dirección. De ella pende también el cultivo y labranza de las tierras y lo demás que toca a economía y aumento de los indios californios, los cuales, más que por la fuerza de armas, han estado sujetos y obedientes por la maña y blandura de los Padres misioneros, y su prudente dominio y suave manejo ha sido motivo de que se hayan conservado pacíficamente y de que se haya propagado la fe» (1).

(1) Archivo de Indias, 67-3-28.

2. Todo, pues, dependía de los Padres misioneros, y ellos debían tomar sobre sí, no solamente el trabajo de catequizar a los indios, sino, lo que era más penoso, la dura faena de buscar subsistencias en un país donde todo faltaba. Distinguióse en estas heroicas fatigas el P. Juan de Ugarte, de quien solía decir el Padre Salvatierra que debía llamarse el verdadero Padre de aquella misión, pues indudablemente se habría deshecho muchas veces la empresa de California, si no fuera por la heroica virtud y la actividad ingeniosa del P. Ugarte. Vamos a copiar un interesante fragmento del P. Venegas, en que resume las fatigas increíbles de este misionero incomparable. Habiendo explicado brevemente cómo entró el P. Ugarte en California y se internó entre los indios, prosigue de este modo nuestro historiador:

«Entró el P. Ugarte en dos empeños igualmente difíciles de conseguir: el primero, de enseñar y doctrinar a los indios, obligándolos blandamente a asistir todos los días a misa, al rosario y a la doctrina, quitándoles la afición a sus hechiceros y embusteros sacerdotes y el apego a sus supersticiones envejecidas; el segundo, acostumarlos a cultivar la tierra y cuidar de los ganados, formando hombres de unas bestias salvajes, hechas a vivir en ocio perpetuo, buscando su comida por los montes, como los brutos. La estabilidad y permanencia de su nueva misión pendía principalmente de lograr frutos y cosechas con que mantenerse él y sus indios, sin depender de los inciertos socorros de la costa de Nueva-España. Y más pendía de esta providencia la manutención del presidio de Loreto, que cada día estaba para destruirse al rigor del hambre, habiendo de venir, no sólo los vestidos y demás géneros precisos, sino aun el mismo diario alimento, de la otra costa, por un mar muchas veces alborotado y en un barco mal dispuesto y en una lancha débil y maltratada. En Loreto era muy poco el terreno oportuno para siembras, y sólo pudo disponerse una huerta de frutales y hortaliza, cuyos frutos eran poco menos que nada para tanta gente.

El P. Ugarte, pues, que lograba terreno oportuno, tomó de su cuenta el asegurar el socorro común, a lo menos para las más urgentes necesidades, además del alimento de sus indios. Los trabajos y pesadumbres que esto le debió costar, lidiando siempre con brutos inconstantes y mal acostumbrados, si acaso se pueden concebir, de cierto, no se pueden explicar, por más que sean comunes en el establecimiento de toda nueva misión. Con todo eso,

apuntaremos algo para que se venga en conocimiento de lo demás.

Por la mañana, dicha la misa a que les obligaba a asistir con quietud, repetidas las oraciones de la doctrina y dado desayuno de pozoli [maíz] a los que habían de trabajar, los conducía, o a la fábrica de la iglesia y casas para sí y para sus indios que labró, o al desmonte de las tierras para el cultivo, o a hacer presas para el riego, o a abrir hoyas para plantar árboles frutales y cepas, o a mover y disponer la tierra para recibir las semillas. En las fábricas no sólo era el P. Ugarte maestro y sobrestante de la obra, sino carpintero, albañil y peón de todos los oficios, que de todos debía llevar el trabajo principal; porque movidos aun del ejemplo, de las dádivas y de las caricias, no acababan de sacudir la pereza y desidia arraigada en las médulas, y no dieran paso si no vieran al Padre trabajar más que todos. Así, él era el primero a traer la piedra, a pisar el barro, a mezclar la arena, a cortar, traer y desnudar las maderas, a sacar la tierra y colocar los materiales. Del mismo modo, sudaba y afanaba en los demás trabajos, ya con el hacha, cortando la espesura; ya con el azadón, cavando la tierra; ya con la barra, hendiendo peñascos; ya disponiendo, ya llevando el riego, ya conduciendo al pasto y al agua las bestias y las cortas reses que logró para su misión, enseñando por sí mismo a los indios a hacer todas las labores.

Verdaderamente confunden y avergüenzan nuestra tibieza estos humildes y afanosos ejercicios, sin otro consuelo que el que Dios reparte misericordioso en el corazón de sus siervos, hechos por un hombre de agudísimo ingenio y de extraordinaria habilidad para todo, que además de haber sido educado con regalo en el siglo, lograba en Méjico, dentro y fuera de la religión, los mayores aplausos. Los indios, cuya corta capacidad y ceñidísimas ideas no alcanzaban al principio la utilidad de estos afanes, que les quitaban la libertad de vagar según su costumbre por los montes, dieron mil ocasiones de aumentar el mérito a la paciencia, ya no viniendo a tiempo, ya no queriendo moverse, ya huyéndose, ya burlándose, ya conjurándose y amenazando muertes y estragos. Todo debía sobrellevarse con sufrimiento invencible, sin haber otro recurso para el remedio, que la afabilidad y el halago, mezclado tal vez con algún terror para el respeto, no afanándoles mucho y condescendiendo muchas veces con su debilidad.

Por la tarde los conducía el Padre otra vez a rezar el rosario, después del cual se repetía y explicaba la doctrina con formalidad, dándoles en premio nuevo regalo de comida. Al principio estaban inquietos todo el tiempo de la doctrina, recibiendo con risa y burla cuanto el Padre decía, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas. Sufriólo el Padre, riñóles después y como nada bastase para tenerlos atentos, parecióle hacer un día alguna fuerte demostración, para sujetarlos por miedo. Estaba cerca de él un indio muypreciado de valiente, y que presumido con esta ventaja, única que entre ellos merece estimación, se atrevía a descomponerse más que los otros. El Padre Ugarte, que era robusto y de grandes fuerzas, cuando estaba el indio en la mayor fuerza de su risa, haciendo señas de burla a los demás, le tomo de los cabellos y levantándole en el aire, le mimbrió en él a uno y otro lado así pendiente por tres o cuatro veces. Esto bastó para que huyesen todos despavoridos. Recogieron luego poco a poco y el Padre logró intimidarlos para que estuviesen con atención. Mas averiguando, que la causa de su algazara eran las faltas que él cometía en las voces y pronunciación de su lengua, procuró poner más cuidado para instruirse en uno y otro, tomando por maestros a los niños, habiendo averiguado, que los adultos sobre resistirse, le engañaban para burlarse después. Con todo eso, no se lograba prontamente el trabajo, por la rudeza brutal de aquellos infelices. Ponderóles en una ocasión con cuanta fuerza pudo el fuego y penas del infierno. El fruto fué, que después les oyó decir en sus corrillos que mejor tierra era el infierno que la suya, pues no había falta de leña, sino mucha lumbre para calentarse y que así era mejor dejar su tierra e irse allá. El desconsuelo y desmayo que causa tanta torpeza es indecible; pero todo lo vence el trabajo y constancia de un hombre aplicado y laborioso que se afana por la gloria de Dios.

Logró el P. Ugarte, años adelante, el fruto de su paciencia, reduciendo a los indios, no sólo a saber y entender la doctrina, sino también a una vida arreglada, cristiana y sin desórdenes. Acostumbró su indócil pereza al trabajo y logró tener abundantes cosechas de trigo, maíz y otras semillas. Venció imposibles en el riego y cultivo de tierras ásperas y fragosas, y disfrutó cosechas de vino generoso de cepas y parras, que servían al consumo de las misas en California y aun sobraba para llevar a

Nueva España en trueque de otros frutos. Crió caballada y ganado lanar en abundancia, y fué el proveedor general del presidio y de las misiones, que del todo hubieran perecido, a no haber tenido dentro de la península el socorro del P. Ugarte, hombre de corazón magnánimo y de genio industrioso, a quien ninguna dificultad aterraba y que reducía con el favor de Dios a la práctica cuanto intentaba, y que a pesar de todos los estorbos, salía con cuanto quería, siendo por esto muchas veces el Padre de todas las misiones» (1).

3. Estas fatigas del ilustre misionero referidas por el P. Venegas eran imitadas por los demás jesuitas que evangelizaban en California, y que en medio de privaciones sin cuento, fueron adelantando aquella misión en el primer tercio del siglo XVIII. El P. Salvatierra, cuando gobernaba la provincia de Méjico, en 1705, atendió con especial solicitud al socorro de su amada misión. Representó al Virrey los progresos del Evangelio y de los dominios españoles en aquel vasto país, hasta entonces casi desconocido, pidió la protección del Estado para unos misioneros tan beneméritos y desvalidos, pero durante unos doce años se hizo sentir muy poco la generosidad oficial. Recuérdese el estado en que se hallaba por entonces la hacienda pública en España. «No se oía otra cosa, dice el P. Venegas, que estrecheces, aprietos, deudas, alcances y encargos de ahorros de la real hacienda» (2).

Por Agosto de 1705, encaminóse a California el P. Salvatierra, para visitar aquellas tierras como Provincial. Llevaba consigo un hombre que con el tiempo había de ser una de las principales columnas de aquella misión. Tal era el H. Jaime Bravo, aragonés, coadjutor temporal que con vivas instancias obtuvo ser enviado a esta penosísima empresa. Era éste Hermano, hombre instruido, muy versado en negocios económicos y había de ser oportunísimo en California para ayudar al P. Ugarte en muchas faenas materiales, que son más propias de los Hermanos coadjutores. También pasó por entonces a California el P. Pedro de Ugarte, joven sacerdote, que deseaba emplear su celo en la conversión de los gentiles.

Dos meses se detuvo en California el P. Provincial, conferen-

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 112.

(2) *Ibid.*, t. II, p. 302.

ció detenidamente con los otros misioneros, los animó a continuar en aquella apostólica empresa, y al retirarse para Méjico dejó ordenado que se estableciesen dos nuevas misiones, una al Norte y otra al Sur de Loreto. Juntamente con esto dispuso que se fuese explorando poco a poco las costas occidentales de la península para ver si aparecían sitios fértiles y habitables o algún puerto natural donde pudiesen recogerse las naves que viniesen de Filipinas. Dejó por superior de toda la misión al Padre Juan de Ugarte (1).

En cumplimiento de estas órdenes, a fines de Noviembre de 1705 el nuevo misionero P. Pedro de Ugarte pasó a la playa de Liguí, catorce leguas al Sur de Loreto, y el P. Basaldúa se encaminó al río Mulegé, distante cuarenta leguas al Norte. Empezó el joven P. Pedro de Ugarte la faena de fundar su misión, halló a los indios bastante quietos y sosegados; pero era punto menos que imposible hacerles trabajar. El misionero dispuso una cabaña de enramada para su vivienda y emprendió la construcción de una capilla y pequeño aposento con adobes. Algo le ayudaban los niños, pero nada los adultos, que no hacían sino pedirle comida y agasajos. «Aun a los niños, dice Venegas, era menester engañar para acostumbrarlos a algún trabajo. Ya apostaba el Padre con ellos a quién más presto arrancaba mezquites y arbolillos, ya ofrecía premios a quien sacase más tierra. Baste decir que para formar los adobes, haciéndose niño con los niños, los convidaba a jugar con tierra y bailar sobre el lodo. Descalzábale el Padre y entraba a pisarlo, entraban también con él los muchachos, empezaba la danza, saltaban y bailaban sobre el lodo, cantaban los muchachos y con ellos cantaba el Padre, estando contentísimos, saltando a competencia y batiendo y pisando el lodo por varias partes hasta el tiempo de la merienda. Así pudo disponer su pobre casa e iglesia, cuya dedicación se hizo con asistencia de los otros Padres» (2).

Cuatro años perseveró en esta misión el P. Pedro de Ugarte, logrando consolidarla regularmente. En 1709, por efecto sin duda de los excesivos trabajos, cayó enfermo y hubo de ser trasladado a la contracosta para curarse. Suplió sus veces el Padre Francisco Peralta, llegado poco antes a California. Parecidas

(1) Véase a Venegas. *Noticia de la California*, t. II, 177.

(2) *Noticia de la California*, t. II, p. 183.

dificultades hubo de vencer al Norte el P. Basaldúa, con la agravante de que por estar lejos de Loreto y ser muy áspera la tierra intermedia, le fué necesario construir una senda derrocando piedras, rompiendo matorrales y cubriendo barrancos para que fuese posible el transporte de provisiones desde Loreto. Al cabo de cuatro años ya tenía asentada la misión de Santa Rosalía, que perseveró en muy buen estado. Mientras de este modo se extendía la cristiandad hacia el Norte y hacia el Sur, el P. Juan de Ugarte, Superior de la Misión, exploraba con penalidades increíbles la costa occidental de California. Nunca se mostró tan activo como en este año 1706. «Ya estaba en el presidio, dice Venegas, predicando, confesando, asistiendo, curando, corrigiendo y amonestando a los soldados; ya salía a descubrir nuevos parajes para pueblos y siembras; ya se le veía bautizar párvulos; ya doctrinar a los adultos; ya administrar sacramentos a enfermos; ya asistir a moribundos; ya trabajaba en las fábricas; ya en el campo para riegos, plantíos y siembras; ya allanaba caminos; ya ayudaba a disponer los barcos de transporte; ya, en fin, se le veía en continuo afán en todas las ocupaciones, tomándose el mayor trabajo el primero» (1).

Mientras de este modo se afanaban los pobres misioneros en aquel ingrato país, el P. Salvatierra fué relevado del oficio de Provincial y el 17 de Setiembre de 1706 entró a sucederle en aquel puesto el P. Bernardo Rolandegui. Al instante el fundador de la misión de California trató de volver al campo de sus fatigas apostólicas, llevando de paso a sus compañeros todos los socorros que pudo recoger en la caridad de nuestros amigos y bienhechores. Acompañado del P. Julián de Mayorga, embarcóse a fines de Enero de 1707, y no sin grandes peligros de naufragar asentó el pie en la península a principios de Febrero.

Desde entonces fué como antes Superior de la misión y procuró adelantar los trabajos empezados para la provisión de aquellos indios recién convertidos, a quienes por entonces debían sustentar casi del todo los jesuitas. En los siguientes fué poco a poco progresando la misión, y véanse las noticias que nos da el P. Alonso de Quirós del año 1712. Había venido este Padre a Madrid en 1715 como Procurador de la provincia de Nueva España. Interrogado sobre la misión de California, responde que

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 192.